

**EN LOS ACANTILADOS DE GARRAF (BARCELONA).
PEDRO FORTÓN CASCAJARES, 1936**
La otra cara de las pérdidas económicas

Javier Morillas Gómez

Universidad CEU San Pablo

Atlas Economic Research Foundation, Washington. Investigador Asociado

1. Cohesión social y red global

En la reciente XVII Conferencia Internacional sobre el SIDA, culminada el pasado agosto de 2008 en México, se puso de manifiesto cómo la Iglesia Católica lidera la lucha mundial contra esta terrible pandemia de nuestra época, especialmente mortífera en los países en desarrollo y entre los sectores afectados más marginales de los países desarrollados.

En este sentido, la Iglesia, sólo a través de Caritas Internacional, y trabajando actualmente en 107 países, constituye una de las mayores redes globales de servicios sanitarios, de la que dependen directamente en todo el mundo 5.246 hospitales, 17.530 dispensarios, 577 leproserías y 15.208 residencias para mayores.

Sólo en España, y con carácter general, repartida por toda su geografía, la labor asistencial y pastoral de la Iglesia se extiende a más de 23.000 parroquias, cerca de 850 monasterios de clausura, 200 hospitales y ambulatorios, más de 300 guarderías, 900 orfanatos, más de 1.600 Centros de Acogida y Reinserción Social y Familiar, y cerca de 20.000 misioneros españoles dispersos por todo el mundo. Todo un tejido social vertebrado y vertebrador de nuestra sociedad, y que —al margen de cualquier otra consideración y sólo desde el punto de vista histórico— constituye uno de los mayores legados culturales y artísticos del mundo.

¿Quién en su sano juicio cuestionaría en el siglo XXI la extraordinaria aportación a la sociedad, al bien común y a la propia economía del sector turístico realizado, desde tan múltiples lugares, por la cohesión social, la promoción de la enseñanza, la asistencia a los más desfavorecidos y hasta la callada labor de simple custodia de ese rico patrimonio que son sus miles de centros, templos y conventos de pueblos y ciudades?

Pues, aunque hoy pueda parecer mentira, todo eso fue atacado con saña en 1936, aunque ya se empezaron a «apuntar maneras» desde 1931 y en los prolegómenos de 1934. Hoy nos repugnarían las imágenes de tales ataques, como lo

han hecho las de esos fanáticos e iletrados talibanes dinamitando las gigantescas obras de arte excavadas en la montaña, que eran las estatuas preislámicas de los Budas de Bamiyán, con sus más de 54 metros de altura.

2. *Holocausto humano, artístico y económico*

Sus resonancias internacionales otorgaron rango histórico a aquel periodo de persecución religiosa sin precedentes vivido en España. Sólo de lejos comparable a las pérdidas económicas que supuso la invasión napoleónica, en su rapiña depredadora, con su terrorífico balance económico de pérdida de activos en la economía española, entre lámparas y piezas de plata y oro, cuadros y obras de arte acumuladas de forma capilar, durante siglos, por el pueblo español en sus miles de templos, ermitas, conventos, monasterios. La diferencia, además, es que en aquellos años del siglo XIX lo llevaron a cabo tropas extranjeras, que lo encaminaban y/o fundían con destino a Francia; y ahora simplemente lo destrúan¹ asambleas y comités de individuos incultos, previamente envenenados por demagogos nacionales.

El resultado fue otro auténtico holocausto artístico y económico, esta vez acompañado de un holocausto humano en término de vidas de religiosos. En el balance estadístico figuran, con nombres y apellidos: 4.184 sacerdotes del clero diocesano, 2.383 religiosos y 283 religiosas, junto a 13 obispos, que suponen en su conjunto una cifra cercana a las 7.000 víctimas eclesiásticas². Los más de 4.000 sacerdotes del primer grupo, entre los 30.000 del censo que registraba en aquel año el Anuario pontificio, suponían el trece por ciento del clero español. En cuanto a los religiosos asesinados, vinieron a suponer el veintitrés por ciento de los alrededor de 10.000 profesos que podían sumar las congregaciones afectadas.

De ellos sobresalen los claretianos con 259 miembros, seguidos por franciscanos, escolapios, maristas, hermanos de La Salle, agustinos, jesuitas, hermanos de San Juan de Dios, salesianos, carmelitas descalzos y otros. Con un impacto catastrófico en las actividades que realizaban y los servicios que prestaban en parroquias, colegios, hospitales, comedores, residencias de huérfanos, de niños, ancianos, y centros de variado tipo.

3. *Uno entre siete mil*

En uno de aquellos conventos, concretamente en el de los carmelitas descalzos de la calle Lauria, en Barcelona, estaba, en 1936, Pedro Fortón Cascajares.

¹ Desde el punto de vista económico, está por realizar la cuantificación de las pérdidas económicas de aquel periodo de persecución religiosa que fue la Segunda República y especialmente la Guerra Civil. Reconozco que todavía no lo he conseguido, pero no desisto de que alguno de mis doctorandos futuros convierta ese tema en objeto de su tesis doctoral.

² ANTONIO MONTERO MORENO, *La persecución religiosa en España (1936-39)*, Madrid : B.A.C., 1961.

Uno de los muchos conventos asaltados por esos «talibanes» armados, entonces llamados «milicianos». El padre Fortón Cascajares (n. 1888) acababa de predicar la novena del Carmen en Barcelona. Había profesado en 1909 y celebrado su primera misa en 1912.

Su historia no es quizá muy original. Simplemente es la suya³. De procedencia aragonesa, su madre era muy devota del templo de Nuestra Señora del Pilar de Calanda, de donde era natural, hijo de Joaquín y Justa. En familia se rezaba todos los días el santo rosario⁴.

Los que le conocieron dicen que, desde los sucesos tan hostilmente antirreligiosos de abril y mayo de 1931, mostró una clara visión de lo que ocurría y de lo que acabaría ocurriendo en España. Aunque algunos le tachaban de «pesimista». De hecho, instaba permanentemente a su cuñado Diego que no se separase de la familia, dado que todos los veranos se apartaba de sus nueve hijos y su esposa para dedicarse a atender la recolección agrícola en sus tierras conquenses⁵. También le había dicho al cura de Villanueva de la Jara, unos meses antes de salir hacia Barcelona: «Esto va a marchas ligeras; el desastre está a la puerta; y no nos veremos más sino en el Cielo ¡Ánimo!, que en todo se cumpla la voluntad de Dios». En sus cartas y conversaciones hablaba de un «final trágico en España» como «inevitable»⁶.

Sin embargo —en aparente contradicción— a él parecía no importarle y seguía con su vida regular y humilde de trabajo, prédica y oración. Y, en este sentido, siguió hasta el final el canon de una gran mayoría de los mártires. Así, cuando le avisaban del peligro que corría, intentando amedrentarle, decía: «Si me pasase algo, caería en brazos de Jesús, y ¿qué más puedo desear?».

Él pudo muy bien marcharse al extranjero. Tenía el pasaporte en regla para toda Europa y la autorización de su padre provincial para salir de España cuando quisiera. Sin embargo, cediendo a las reiteradas peticiones del provincial de Cataluña, fue alargando su estancia en Barcelona. Y allí seguía el día 17 de julio de 1936, terminada su última novena del Carmen en la Ciudad Condal.

Al asalto de los milicianos armados al convento, en la madrugada del día 20 de Julio, se habían encerrado en éste un puñado de soldados, paisanos y oficiales, que resisten, pronto sin municiones.

³ Nosotros la hemos ido completando por los archivos parroquiales y del Ayuntamiento de Calanda (Teruel), y archivos personales y recuerdos orales de la familia Gómez Cascajares (de Madrid), Fuentes Cascajares (de Calanda y Madrid), Miranda Cascajares (de Calahorra) y Martínez del Peral Fortón (San Clemente, Cuenca), entre otros.

⁴ Vid., EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CALANDA, «Trabajo-Exposición. Sobre el Cardenal Cascajares: Un calandino en la Corte», Calanda (Teruel) : 2001. En esta recopilación, con motivo del centenario de la muerte de su tío abuelo, el cardenal Antonio Cascajares Azara (1834-1901), se recoge el ambiente familiar. Sus padres, Justa Cascajares Santa Pau (1856-1930) y Joaquín Fortón Mazurca (1857-1931), conde de Ferrer, habían muerto pocos años antes.

⁵ Testimonio de su hermana Catalina (n. Zaragoza, 1889) y de su cuñado Diego Martínez del Peral Sandoval (n. 1917), XI marqués de Valdeguerrero y V conde de Buenavista del Cerro.

⁶ *Ibidem*. Los testimonios confusos coinciden con los recogidos oralmente por sus familiares de Cuenca, Teruel, así como por su sobrina biznieta de Burgos, Josefá Gómez Cascajares, cuyo padre, el luego capitán Miguel Gómez Cascajares (1903-55), se disponía a resistir junto a Moscardó en el Alcázar de Toledo, aunque con un final menos trágico.

Mientras, los padres de la comunidad carmelita celebran la Santa Misa a puerta cerrada. Y en las últimas horas siguen haciéndolo de igual forma. Estaban convencidos de que sería la última vez que allí celebrarían, si no ya la última de toda su vida. En los alrededores oían gritos, tiros, ametralladoras, cascotes rotos, cristales, insultos, palabras y gestos soeces... Arriba, en el convento, se rezaba aquella plegaria: «*bella premunt hostilia da robar fer auxilium*» (Con guerras me oprimen los enemigos; da, robustece y envía auxilio). Después de celebrar la última misa y en el altar del Sagrado Corazón un acto de abandono ofreciéndose como víctima al Sagrado Corazón. «aceptando a partir de ese momento, y con toda el alma, todas las penas y sufrimientos que Él envíe...».

Sin embargo, si iba a ser esa la última de sus misas, no fue la última de sus comuniones. Terminadas las misas, ya los milicianos están enseñoreándose del convento, derribando imágenes y esculturas, destruyendo cuadros, pisando ornamentos, pateando objetos sagrados y piezas de culto... En esos momentos los carmelitas de la comunidad se dan cuenta de que han quedado en el sagrario dos copones de hostias consagradas. ¿Qué hacer? ¿Llevarse las? Imposible —piensan—, caerían en manos de esos fanáticos que aullaban buscándolos. ¿Dejarlas? Entonces veían la profanación segura y pasto de las llamas; jamás se lo habría perdonado la comunidad catalana. Decidieron arriesgar sus vidas unos minutos más y bajan todos a la Iglesia a consumir las Sagradas Formas. De nuevo, el mismo planteamiento. Lo habían pensado: «¿Qué muerte tan dichosa la nuestra, morir por no dejar a Jesús en manos de los profanadores!».

Es así es como los carmelitas descalzos de Barcelona salen de sus celdas a un eventual encuentro con la muerte. Se deslizan, corren, trepan, salvan las Sagradas Formas y regresan a sus celdas como pueden, saltando, corriendo, cubriéndose. Entretanto, y a golpes y empujones, ceden ya las puertas de la Iglesia e irrumpen los milicianos, destrozando bancos, sillas, altares, imágenes, haciendo con todo lo que encuentran un montón sobre el que vierten bidones de gasolina y le pegan fuego. En medio de una gran algarada y griterío cuando surge la llamarada.

Mientras unos queman, otros se dirigen a la portería del convento; forcejean para entrar; no pueden, lo impide la Guardia Civil; pero ven salir a algunos religiosos y empiezan a aullar de nuevo. A empujones los meten otra vez hacia dentro: «¡Adentro! ¡A las llamas; que se achicharren todos!». Al bajar de su celda, Pedro Fortón Cascajares se une con otro padre que también intentaba salir por la calle Lauria. Cuando le ven los milicianos, iba cubierto con un guardapolvo de dril de color rojizo. Le rodean en la acera y empiezan con él a culatazos, a darle con mazas y otras herramientas de las que venían utilizando para forzar las puertas del convento y las celdas. Le golpean cruelmente, entre insultos, salivazos y blasfemias. En medio de las llamas, el humo y la confusión se zafa de ellos, pero vuelven a cogerle al poco, y —según cuenta un pariente de una carmelita de Gracia que le había escuchado los sermones de la novena— les dice a quienes le están machacando: «Hijos míos, ¿qué os he hecho, para que así me maltratéis?».

Al oírle que les llama «hijos», más se ensañan; arrecian los golpes, media hora larga martirizándole y no se cansan; hinchada la cabeza, cubierto de carde-

nales, hilos de sangre le corren por la cara, el cuello, el cuerpo, y continúan los gritos, los insultos, los culatazos y martillazos. Entre los milicianos, aparecen dos guardias de asalto, a quienes dicen el resto de los milicianos: «Tíradle vosotros, tíradle». Los guardias de asalto se niegan y se van. El religioso ha caído ya por el suelo sin sentido. En medio de un charco de sangre y el cráneo deformado y amoratado, le creen muerto y lo arrastran a lo largo de la calle de Lauria, dejándole en los bordillos del chaffán de esta calle con la Gran Vía Diagonal, vociferando su triunfo. Y se marchan a buscar unas nuevas víctimas.

Pasan por allí dos guardias civiles, que se acercan a él, le palpan y vieron que aún respiraba. Detienen la primera ambulancia que pasa por allí, le suben y le llevan al hospital de San Pablo. En el registro de este hospital consta que el día 20 de julio entró Pedro Fortón Cascajares. ¿Cómo se le identificó, si aún no había recobrado el sentido? Seguramente por el pasaporte que tenía sacado para ir a Francia.

En el hospital se encuentra el doctor Bosch. Está absolutamente indignado y deseando salvarle la vida; ordenó que le llevasen al Departamento de Terapéutica Física del Servicio de Traumatología de la Sala de San Rafael. El doctor Bosch deja descripción de cómo encuentra al P. Pedro Tomás Fortón Cascajares: con la cabeza horrorosamente hinchada, deformado, ensangrentado, y todo tan desfigurado «que ni su propia familia le habría reconocido»⁷.

Allí se encuentra cuando vuelve en sí, todo vendado, el cuerpo y la cabeza... Asistido también por el doctor Castellarnau. En casa de éste se decía Misa, secretamente, en los días de domingo de la Barcelona de aquellos meses oscuros. Fue el doctor Castellarnau quien, cuando recobra el sentido, le trae y le enseña emocionado dos cajitas de pastillas Juanola. Las abre y estaban llenas de hostias, consagradas aquella misma mañana, en la misa que en su propia casa se había celebrado. El P. Pedro la aprieta contra sí, diciendo: «Éste es mi consuelo». Así volvió a comulgar las mañanas siguientes, entre los cuidados de los doctores Bosch y Castellarnau. Pero pronto se sabe, por miembros del llamado «comité» del hospital, que el enfermo que está en recuperación es un fraile. Y un enfermero bravucón, con el fusil al hombro, se presenta a los dos médicos diciéndoles: «Me dicen del sindicato que cuándo se marcha ese fraile». Los doctores van dando largas a la convalecencia cada día, mientras tratan de hallar un medio de librarle de los milicianos, que estaban enseñoreados ya del hospital. Un día, cansados ya del bravucón, le responden secamente: «La Guardia Civil le trajo; y a ella le hemos de entregar». Cuando Fortón Cascajares, más recuperado y viendo el apuro de los doctores que le cubren, les pregunta sobre si «¿no habrá un medio de salir de aquí con seguridad?», el doctor Castellarnau les responde: «Imposible. [...] tenemos el hospital rodeado de guardias rojos». Un día, cuando llega el doctor Bosch para pasar sus visitas diarias a sus enfermos, abre la puerta

⁷ Vid. Joaquín María MARTÍNEZ DEL PERAL, *Genealogía y Apéndice del P. Fray Pedro Tomás de la Virgen del Pilar*, San Clemente (Cuenca), p. 282. Documento procedente del archivo familiar, sin fecha, obtenido por el autor.

de la habitación de Pedro Fortón Cascajares «y me quedé de piedra: ya no estaba mi querido padre»⁸. «¿Dónde está el enfermo?», pregunta. «Se lo llevó ayer la policía», le dicen. El doctor pide el registro del hospital y lee las salidas del 10 de octubre: Pedro Fortón Cascajares.

En el proceso que después de la guerra se llevó a cabo testificaron el miliciano enfermero del hospital que le entregó a «la policía», los doctores y otros enfermeros, enfermos y demás testigos oculares. Los testimonios son coincidentes. Pero en el proceso contra aquel miliciano dijo tan sólo que lo entregó al «comité»; de lo demás no quiere saber nada. Se sabe que esperó a que los médicos no estuvieran en el hospital y lo hizo ya caída la tarde, haciéndose acompañar por quienes creían eran dos policías. Los doctores afirmaron que creen que el personal del hospital, que controlaba la salida y entrada de enfermos y el registro, no tuvo nada que ver.

El caso es que dado de alta en el hospital le llevaron a uno de los «comités» que actuaban en zonas más cercanas. Pero no se sabe nada de quiénes fueron los dos supuestos «policías», ni a qué «comité» le llevaron, ni quiénes integraban éste. En todo caso el juicio fue brevísimo y de rápida ejecución, en las costas de Garraf. Ni sus parientes, ni los amigos del mártir, ni los padres carmelitas, que durante años intentaron conocer exactamente las últimas horas del P. Pedro Tomás, pudieron saber qué ocurrió desde que le sacaron por las puertas del hospital, hasta que le hicieron subir al camión de la muerte, camino de los acantilados cercanos. Cuando llegó al «Pas de la mala dona» bajan los verdugos. Fundadamente se puede saber que, al estilo de las checas, le harían bajar del camión entre golpes e insultos... «Nos llevamos al fraile a las costas de Garraf, le pegamos un empujón y le tiramos al mar». Se comprobó que concretamente le despeñaron desde lo alto de la roca llamada «La Falconera», a unos ciento diez metros de altura. Mientras, los milicianos reían y celebraban su hazaña entre carcajadas.

Esa noche, de regreso con el camión a la ciudad de Barcelona, el referido miliciano organizó una gran cena con la que obsequió a sus compañeros los verdugos; comieron abundantemente y bebieron hasta la borrachera. De todo ello se vanagloriaba el miliciano al día siguiente, en el hospital, ante el grupo de cuantos quisieron oírle.

En su familia hemos llegado a computar hasta treinta coroneles de regimiento en trescientos años, muchos de cuyos sables, por cierto, fueron robados por las tropas napoleónicas en su ocupación de la iglesia del Pilar de Calanda, donde reposaban muchos de sus restos⁹. También generales, barones, marqueses, miembros del Consejo de Estado, diputados, senadores, diplomáticos... todos antes del siglo XX. Sin embargo, él había elegido el Carmelo. Él, que quería

⁸ *Ibid.*, p. 284.

⁹ Las columnas anarquistas que bajaron de Barcelona hacia Teruel, y en su paso por Calanda, quemaron la iglesia local y los huesos y restos de quienes allí estaban enterrados fueron quemados y venteados en el exterior, junto a imágenes, ornamentos y toda pieza del interior del templo.

morir orando y olvidado, muere en la soledad del mar, sin más testigos que las olas y las rocas. Su cuerpo sería luego encontrado y enterrado en Sitges¹⁰.

El 4 de noviembre de 1939 se celebró un solemne funeral en la iglesia de los PP Carmelitas de Zaragoza; y el mismo día y siguientes se celebraron misas en las dos catedrales e iglesias más importantes de la misma ciudad. La prensa aragonesa publicó un suelto necrológico: «Un nuevo mártir zaragozano».

El 28 de octubre de 2007 fue beatificado en Roma junto a otros 497 mártires de la Guerra Civil. Suman ya 966, si sumamos los 468 mártires beatificados con anterioridad. Como ha señalado la Iglesia, esos procesos «No van contra nadie»¹¹. Contribuyen, en palabras del Cardenal Antonio Rouco Varela «a que no se olvide [...] el gran signo de esperanza que constituye el testimonio de los mártires [...] el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación». Pero sin falsificaciones.



Pedro Fortón Cascajares, a los 14 años.

¹⁰ En Sitges tendría su último destino su primo tercero, Miguel Gómez Cascajares, de donde fue llamado a realizar el curso de ascenso a comandante de la Guardia Civil. Éste falleció poco después en el Hospital Militar Gómez Ulla de Madrid.

¹¹ Cfr., Joan Enric Vívies, Obispo de Urgel y Copríncipe de Andorra. *El Mundo*, 28-10-2007, p. 27.